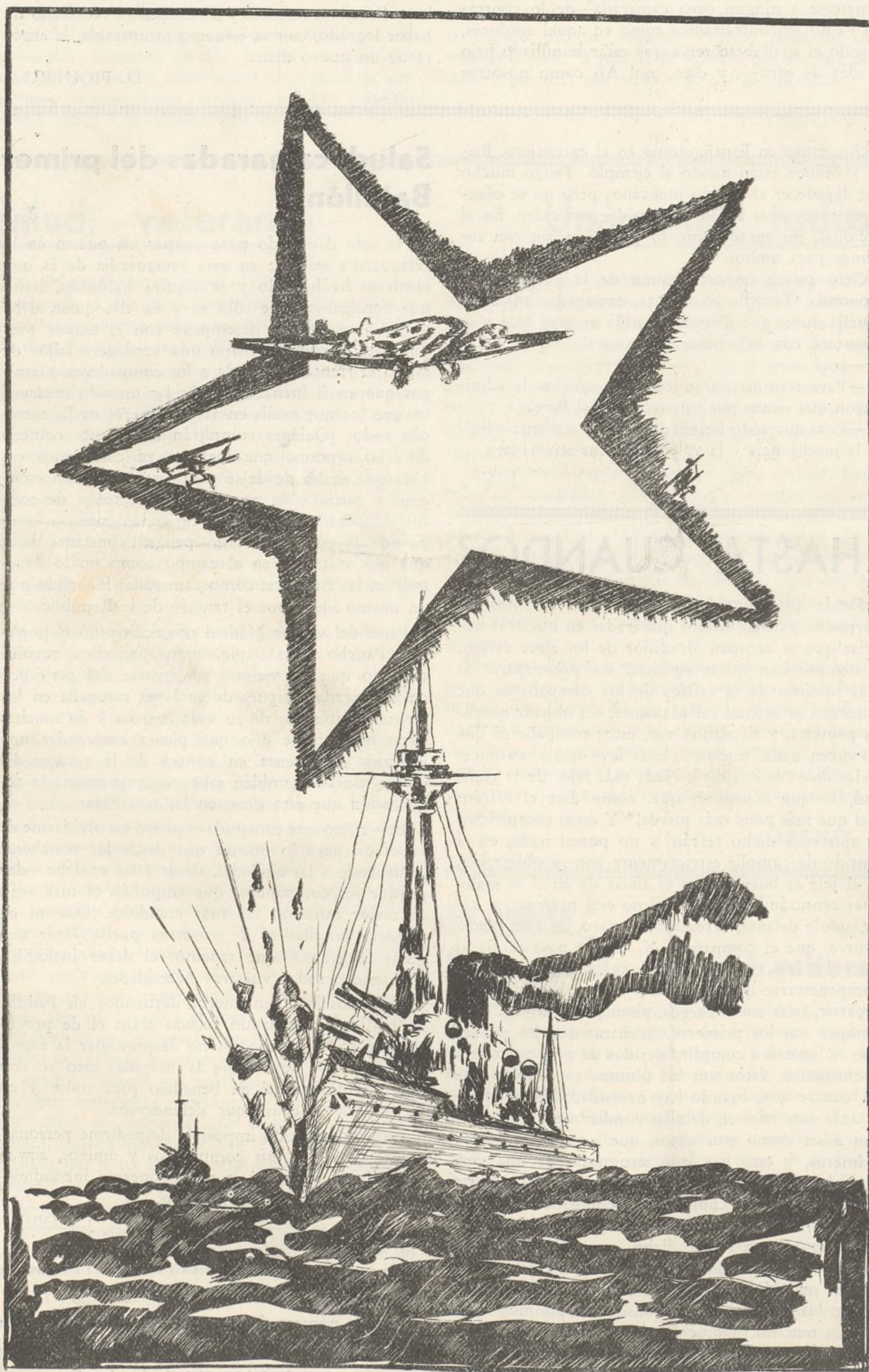


# POR QUE LUCHAMOS

BOLETIN INTERIOR DE LA BRIGADA



Magno momento de lucha heroica entre nuestra gloriosa aviación contra la piratería facciosa, que intentan pisotear nuestros más dignos sentimientos, pero que nunca lo lograrán.

(Dibujo de Emilio.)

Reanudamos otra vez las tareas en nuestro semanario en pro de la causa; queremos nuevas orientaciones, con el fin de poner más manifiesto y tangible nuestro afán de llevaros muy cerca de vuestros corazones el latir del nuestro, para que, con esa unificación de los que igual pensamos, sea el baluarte contra la invasión.

Somos modestos colaboradores en nuestra Prensa; queremos que veáis la voluntad y cariño que nos inspiráis, porque, como nosotros, habéis sufrido el egoísmo y la brutalidad de los que siempre vivieron de nuestro sudor.

Lucharemos hasta el fin, aplastaremos a los invasores, pero es de todo punto necesario el valor, la disciplina y la unificación. Camaradas, a vencer, a ser dignos de la Patria nuestra; porque en nosotros confía, y es el mayor galardón del hombre, la confianza que en él se deposita.

Nosotros, desde estas cuartillas, os exhortamos a vuestra colaboración, como componentes de vuestro semanario, como, al mismo tiempo, es del combatiente, de quien tiene que salir la ayuda económica para la vida del mismo, y para la labor cultural, en la cual todos estamos obligados a contribuir.

## CULTURA

Salud, camarada comisario de Batallón, delegados de Compañía, camaradas anónimos que con vuestro esfuerzo gigantesco y con una concepción altamente revolucionaria de los momentos que vivimos, habéis conseguido traer a la misma línea de fuego un arma tan formidable para combatir al fascismo asesino, como es el conseguir el total exterminio de la incultura, que el capital se obstinaba en procurar que cada vez fuera mayor el número de analfabetos que hubiera en España, ya que de esta forma continuaría de una manera constante y progresiva la tiranía y la opresión.

Ahora nos toca a nosotros, a los que vamos a aprender y a los que van a ampliar sus conocimientos el conservar y tratar los libros que nos pongan a nuestro alcance con el cariño y cuidado que tratamos al camarada fusil.

Ahora nos toca a nosotros hacer honor a esta arma tan mortífera y de tan magníficos resultados, procurando aprovechar los ratos libres para elevar nuestro nivel cultural, que tanta falta nos hace.

¡Bien, camaradas, bien! Ese es el camino a seguir. Recibid con estas modestas líneas mi más calurosa felicitación y que os sirvan de aliento y estímulo para continuar vuestro magnífico gesto en bien de los trabajadores, en bien de la cultura, que es al mismo tiempo en bien de la causa revolucionaria, y tened la seguridad de que vuestro esfuerzo no será estéril y los trabajadores sabremos aprovecharle.

¡Camaradas, no descansemos hasta que hayan desaparecido los analfabetos!

CLARO ESTEBAN



# Un nuevo día ha de venir...

Hoy más que nunca se siente en las trincheras, en los lugares donde se lucha por una España grande, feliz y próspera, el anhelo de vencer pronto a los traidores que engañaron a muchos inconscientes y les llevaron al precipicio de tener que luchar contra sus hermanos.

Es indudable que la victoria nos acecha de un día a otro, nos acecha, porque el rostro alegre de cuantos camaradas he conocido y tengo a mi lado, parece ser el espejo donde se ve avanzar con pasos gigantescos el triunfo de las armas proletarias. Nadie ni nada podrá impedirlo, pues nuestros pechos son acero —fiel compañero de nuestros fusiles—, que, aunque alguno se destemple, no lo fué nunca por su propia culpa, supo resistir, supo vencer, hasta que la bala enemiga le hizo inmortal quitándole el puesto, para cedérselo a otro, que, con el mismo fin, con el mismo ideal puesto siempre ante su imaginación, supo seguir el camino de su hermano, antes que, junto a él, pasase airosa la bota de unos

avariciosos, y de otros, traidores a su propia Patria.

Muy difícil es estampar en estas cuartillas el ánimo con que están dotados todos mis compañeros —tercera Compañía del quinto Batallón—, tanto es así, que nuestro querido capitán Casas nos propuso que, al mismo tiempo de sostener esta lucha con las armas, es necesario mantenerla también con las letras, con la cultura. Fué acogida con alegría esta idea, y acto seguido, para no tener rato de descanso —pues así se gana la guerra—, creamos grupos, donde nosotros, que sabemos algo, nos hemos propuesto terminar también con este factor enemigo. Digo enemigo, porque nosotros luchamos por crear "cultura", y es lamentable que una vez terminada la guerra, los adultos tuviesen que seguir luchando para después poder mantener sus intereses sin tener que someterse a ningún otro camarada—de lo contrario ya nos encontraríamos como en aquel entonces, cuando el analfabeto tenía que estar humillado bajo la idea de otro—, y esto, ¡no! Así como nosotros

nos lo hemos propuesto, deben de hacerlo las demás Compañías, para que más allá de las fronteras se sepa el carácter de nuestra verdadera lucha, que es la de poder mantener siempre, y al más elevado nivel, nuestra "España libre y progresista."

Cuando esto hayamos logrado, ¿no será nuestra satisfacción el mejor premio? Yo entiendo que sí, pues no hay mayor recompensa que la alegría—origen de la satisfacción—, que nos hará vivir con el recuerdo de la realización de algo, y más cuando este algo es la representación que atañe a nuestra honra y a la de nuestra querida Patria. Quiero llevar a la memoria de todos, que hay mucha sed por aprender; que se luche, que se trabaje, y ante todo que se den facilidades.

Con estas líneas no trato de hacer literatura—ya que carezco de ella, rogando se me perdone, ya que es la primera vez que me decido a escribir un modesto artículo—pero la sinceridad con que yo quiero que hablen, es la realidad vista en la morada del soldado, morada que nunca cambiará hasta que no haya llegado a la meta y se encuentre satisfecho de haber logrado, con su esfuerzo insuperable, la auroa de un nuevo día...

D. PIQUERO

## El gran banderillero Adolfo Guerra, teniente del primer Batallón

Requiero del camarada Guerra unos minutos de charla, en la trinchera, para los lectores de nuestro periódico.

Los que conozcáis a este hombre desde el principio de la guerra, estaréis de acuerdo conmigo en que tiene muy buenas cualidades para el puesto que ocupa, ya que la vida azarosa que ha llevado le hace merecedor al título de hombre de mundo, y al de valiente por derecho propio.

Es cosa sabida que el aspecto exterior del hombre nos dice, casi siempre, lo que cada uno es. Yo descubrí en Guerra—ignorando su pasado—a un hombre de temple para la guerra. Después se afirmó mi opinión al saber que, durante treinta y tres años, se ha jugado la vida en las plazas de toros españolas y extranjeras; y ahora, con sus cincuenta y tres años, se acuerda de su pasada juventud y quiere superarla.

Antes, como torero españolísimo, luchó contra la invasión deportiva extranjera. Actualmente, como buen español, lucha contra esta otra invasión, más grave que aquella, que pretende que él deje de ser español, que España deje de ser su España. Por eso, cuando se ciñe y acaricia la canana repleta de munición, mirando por un parapeto, parece acordarse de cuando se acariciaba la faja, mirando por la barrera. Ahora, como entonces, la emoción se manifiesta en él al comenzar la lucha.

—¿Cómo prendió en ti, hombre aventurero, la lucha social?

—Como ciudadano, salido de las más puras esencias de nuestro pueblo, comprendí hace tiempo la imposición del capitalismo pobretón contra los trabajadores. Y acepté la Presidencia de la Sociedad de Banderilleros y Picadores para luchar contra la peor de las burguesías: la que en un pasado próximo no poseía nada, y en un presente, ya lejano, explotaba a los hombres que se ganaban el pan exponiendo sus vidas. Esos burgueses, que salieron del pueblo, y que el pueblo encumbró, le demuestran su agradecimiento pasándose al campo rebelde—los que no lo estaban ya—y organizando corridas en honor de los invasores de nuestra Patria.

—¿Cuándo ingresaste en las Milicias?

—Al principio del movimiento; el día 5 de agosto, en Izquierda Federal. A los pocos días, el 15, marché a Lozoya con el entonces comandante Perea; he tomado parte en todos los combates en que actuó su columna, donde fui ascendido por méritos de guerra. Una sola vez me hirieron; fué el día 6 de enero en Pozuelo; pero al mes ya estaba en mi puesto nuevamente. Estas ganas de luchar que siento ahora, me faltaron en mi mocedad, ya que preferí ser prófugo a defender en Cuba una causa injusta.

—¿Cómo ves la terminación de la guerra?

—Para que la guerra termine cuanto antes, con la victoria de la República democrática, es necesario que la verdadera unión del proletariado sea un

hecho, tanto en España como en el extranjero. Rusia y Méjico están dando el ejemplo. Tengo mucho que agradecer al pueblo mejicano; pero no se ofenda el ruso, pues hablo en sentido particular. En el nacional, mi agradecimiento y admiración son sublimes para ambos.

Otro punto importantísimo de la guerra es la economía. Tenedlo en cuenta, camaradas, mientras aquella dure; que después, España es muy rica y se levantará con más bríos que nunca.

—¿...?

—Para terminar, traduce como quieras la admiración que siento por nuestro general Perea.

—Pues que todo hombre sensato y valiente admira la inteligencia y la valentía de sus semejantes.

J. C.

## ¿HASTA CUANDO?

Desde que empezó esta guerra que estamos soportando, existen ciertos camaradas en nuestras milicias que se agrupan alrededor de los altos cargos, y siempre con miras egoístas, sin preocuparse lo más mínimo de la crítica de los compañeros que observan su actitud calladamente, sin objetar ninguna protesta, y si, alguna vez, estos compañeros que no dicen nada, inician la más leve queja, entonces se les dice "es envidia". Nada más lejos de la realidad, lo que ocurre es que, como dice el refrán: "¡el que más pone más pierde!" Y estos compañeros se ajustan a dicho refrán, y no ponen nada, en el sentido de cumplir estrictamente con su obligación. Si el jefe es bueno, pues se abusa de él; si es malo, pues censurándole cuando él no está presente, y halagándole delante, arreglado; y claro, de esta forma ocurre, que el compañero X, que se pasa el día al lado del jefe, y que, además, es servicial, llega a compenetrarse de tal manera, que si hay algo que repartir, tales como cargos, permisos, etc., etc., pues siempre son los primeros, mientras que los demás, que se limitan a cumplir, alejados de toda zalamería y chaquetería, éstos son los últimos en todo, y claro, ocurre que, cuando hay necesidad de presentarse ante esos jefes en debidas condiciones, nunca llegan a ser como esos otros, que siempre serán los primeros, y esto hay que terminarlo de una vez, pues debemos ser todos iguales, y si hay que cubrir un puesto, que se cubra por el compañero más capacitado, siempre que dicho cargo se ajuste a las condiciones que reúne dicho compañero, que no se nos diga héroes anónimos, pues en estos momentos en que vivimos, y que, desgraciadamente para todos, los revolucionarios conscientes estamos viendo que muchos revolucionarios se han mercantilizado; ya se nos da el caso de que como no venimos a luchar por la revolución, sino por ver quién viste mejor o quién lleva las espuelas más bonitas, se da el caso peregrino de que muchos se las ponen al revés.

UNO DEL PRIMER BATALLÓN

## Salud, camaradas del primer Batallón

He sido designado para ocupar un puesto en la retaguardia militar; en esta retaguardia de la que tanto se ha hablado y se seguirá hablando, hasta que consigamos que sólo viva en ella quien deba vivir; o sea, quien desempeñe con el mayor rendimiento y compañerismo una verdadera labor de ayuda al frente, de ayuda a los compañeros y amigos que en él luchan, sin olvidar un solo momento que los que estáis en las trincheras os lo merecéis todo. ¿Quiénes cumplirán mejor este cometido? Yo supongo que los que ya conocemos esa vida que acabo de dejar y que recuerdo con emoción y cariño. No por lo que ella tenga de confortable—ya sabemos lo que es la guerra—, sino porque la convivencia en peligro constante hace que nos tratemos en el campo como no lo hacemos en las ciudades: como camaradas luchando por un mismo ideal, por el triunfo de la República.

Parte del viaje a Madrid nos acompañó el popular "Pancho Villa", que, como periodista revolucionario que es, viene a encargarse del periódico de la Brigada, después de su larga campaña en los frentes. Hablamos de su vida azarosa y de muchas cosas más, y me dijo que piensa emprender una campaña de prensa en contra de la retaguardia ociosa, pues él también sabe por experiencia la repercusión que ésta tiene en las trincheras.

Yo—como este camarada—quiero no olvidarme de vosotros, pues lo mismo que desde las trincheras se defiende a las ciudades, desde éstas se debe velar porque los compañeros que empuñáis el fusil seáis lo mejor mirados, los más atendidos. Que ni de vuestras familias ni de vosotros pueda venir una queja contra los que tenemos el deber ineludible de atender todas vuestras necesidades.

En todos los compañeros destinados en Padilla, he podido observar un mismo afán: el de procurar por todos los medios no desprestigiar la representación que aquí tiene la Brigada; esto se traduce, naturalmente, en beneficio para todos y en servicio de la causa que defendemos.

Habiéndome sido imposible despedirme personalmente de todos mis compañeros y amigos, sirvan estas líneas para ello y para ponerme incondicionalmente a vuestra disposición.

J. COBO

En este número damos comienzo a la publicación de artículos en los que, de una manera sencilla y clara, se relatará el historial de los batallones que componen nuestra Brigada.

La historia necesita de apuntes que le faciliten la realidad de nuestra lucha desde su comienzo.



# Unas palabras a la retaguardia

Cuando algunos de los de la retaguardia veáis este título os asustaréis, porque creeréis que voy a meterme con todos los que estáis en la retaguardia; pero nada de eso, aunque para los dos tenga unas palabras: para unos, de aliento; para otros, de censura; pero también para los que voy a censurar quiero decirles unas palabras que les hagan ver su error de permanecer en la indiferencia.

Retaguardia trabajadora. Vosotros los que ocupáis cargos de trabajo para la guerra, para vosotros mi respeto y mi voz animosa para que continuéis firmes en vuestros puestos trabajando con tesón, procurando tener una disciplina tan férrea como se sigue en los frentes, dejándo a un lado las cuestiones políticas, renunciando de todo aquello que redunde en perjuicio de "ganar la guerra", pues de vosotros depende, aunque parezca mentira, el triunfo; si esa retaguardia, funciona a la perfección, nosotros en los frentes cumpliremos como hasta ahora, y entre todos echaremos de una vez para siempre a los traidores que han vendido nuestra patria a las hordas extranjeras.

Y ahora a la retaguardia indiferente. Yo quisiera que, sacudiéndose el egoísmo que os hace ver lejano el momento de vuestra emancipación, vieráis que los resortes del capitalismo se han gastado por completo, y que las clases dominantes han llegado al máximo de degradación, todo vacila, todo se tambalea, y pronto lo veremos caer con horroroso estrépito; aprovechemos este momento para que la Revolución social estalle en todas partes a la vez imponente y amenazadora. Corred, pues, a uniros con los combatientes, corred a las avanzadas del Ejército del pueblo, daos prisa que el tiempo vuela, que los sucesos se precipitan y quizá lleguéis tarde, pues nuestro triunfo se aproxima, y entonces volveremos la ruta atrás y diremos a los que hayáis permanecido en la indiferencia: ¡Vosotros sois los culpables de la duración de esta manzana que nos han impuesto los traidores! ¡Animo, el triunfo pronto, requiere vuestro esfuerzo! A combatir, pues, ¡a pelear! Al triunfo por encima de todo y pasando por todos los que se opongan.

V. OLMEDA

## Salud, veteranos

En el ambiente se respira aire de guerra, los ánimos nunca decaídos, parece que se alzan más y más al respirar este aire, que también, en el silbido, nos dice: "guerra a la canalla".

De boca en boca corre un murmullo. "Por ahí viene". "Sí, dicen que viene por allí." Los que estamos ignorantes de "quién viene" y de "quién llega" nos preguntamos: ¿serán cañones?, ¿viene el relevo?, ¿es una sección de ametralladoras? Los enterados, sonrientes, nos dicen, no; nada de eso, lo que viene vale más, mucho más, pues viene... Perea, el capitán de nuestras luchas en la Sierra, el Comandante en nuestra estancia en Pozuelo, el general en El Pardo, y el padre de todos, en los sitios donde se han encontrado Perea y su Primer Batallón.

Al enterarnos de quién es el que llega, todos salimos, unos de las "chabolas" y los otros de las zanjias y parapetos, donde se está incrustado, con el fusil en la mano. Yo le dije a un camarada: ¿Vienes a verle? Bueno, vamos.

¿Soy un romántico? No lo sé. ¿Soy un niño? Tampoco lo sé. Lo que sí sé es que por mi cuerpo pasó algo grande, algo que a pesar de las horas que han transcurrido desde el momento que vi a Perea, cuando cojo la pluma, no he podido comprender, y que conste que no es la primera vez que lo veo, pues nuestro general, ha ganado todos sus ascensos en las trincheras, no sentado en un despacho. Fué una sensación grande de alegría, de optimismo, de fe en el triunfo, y... de no sé cuántas cosas más, que todas unidas forman un conglomerado que yo siento, pero que no sé explicar, no sé si algún camarada, que haya experimentado las mismas impresiones que yo, lo sabrá explicar; por lo menos me entenderá, y eso es, precisamente, lo que yo deseo.

Pero lo que más me emocionó, lo que más alegría me produjo, fueron sus palabras, pocas y sencillas, pero muy expresivas, al cruzarse con nosotros, y decirle, salud, nos contestó, con su eterna sonrisa en la boca, sonrisa que, desde que le conoce su Primer Batallón, no le ha abandonado ni en los momentos cumbres de peligro, estas dos palabras que lleva por título este artículo: "Salud, veteranos."

Siguió su camino; nosotros, el nuestro... y al día siguiente, el enemigo pidió tregua para enterrar sus muertos.

Nada más, camaradas. Salud a todos; y más que eso: "Salud, veteranos."

FERNANDO ARCAL

Visado por la censura

## Unámonos todos

Unámonos los combatientes, los campesinos..., la Retaguardia productiva y eficaz, porque de esa labor es el triunfo. Unión entre la trinchera y el campo; problema de mucha trascendencia que necesita ser discutida. Gran arma es el arado que el camarada campesino pone a favor de la causa; labra el suelo que nos da el sustento y de él sale la enérgica virilidad que nos hace luchar para conseguir la Victoria.

El respeto al campo no se nos debe olvidar, hay miles de camaradas caídos en él, y al regar con esa preciosa sangre proletaria este campo muy nuestro, puesto que palmo a palmo lo reconquistamos. Detrás nos sigue nuestro camarada el campesino laborando esa tierra, que es nuestra madre, que nos da el alimento, no sólo a nosotros, sino también a esos hijos nuestros que viven la zozobra de los actuales tiempos.

Hay que luchar a un tiempo: unos con el fusil, otros con el arado, pero siempre unidos, siempre hermanos, sin diferencias, sin rencillas, como lo saben hacer los luchadores: con cariño, con el corazón. Arrostrando tantos peligros como nosotros, el deseo del campesino es producir para el combatiente, y así afirmar una vez más nuestro lema "¡No pasarán!"

Salud.

ARGILES

## EN HERAS

### Entrega de una bandera

El día 20 ha sido entregada una bandera al tercer Batallón de nuestra Brigada. Al acto, que resultó brillantísimo, concurrió numeroso público, en el que resaltaba el elemento femenino. Los concurrentes fueron obsequiados con una espléndida comida, durante la cual hubo alegría y buen humor. A las seis de la tarde llegó el glorioso general Miaja, quien, después de efectuada la entrega de la bandera, y con el Batallón a pie firme, pronunció unas emocionantes palabras.

El jefe del IV Cuerpo de Ejército, comandante Perea, también hizo resaltar el glorioso historial del Batallón desde el comienzo de nuestra lucha, exhortando a todos la obligación que tenemos, en los momentos difíciles que atravesamos, de defender, con más ahínco y valentía que nunca, la enseña gloriosa que simboliza la redención de los humildes, el pan de nuestros hijos, el bienestar de la Humanidad.

Después de estos breves discursos, el Batallón desfilaron en columna de honor ante el general Miaja, Perea, Janks, jefes y oficiales, resultando de una gran vistosidad.

## Donativos recibidos para ayuda de la publicación del periódico de la Brigada. (Sección Cultural).

	Pesetas
Suma anterior ... ..	1.086
Ayudante del Maestro Armero ... ..	5
Capitán Latorre, del Batallón de Especialidades ... ..	5
Telesforo González ... ..	5
Sección Morteros, del primer Batallón ... ..	31,80
Teniente Félix Pizarro, del primer Batallón ... ..	25
Un recluta ... ..	2
Compañía de Ametralladoras ... ..	5,80
Emilio ... ..	5
Luis León ... ..	5
Santiago Morcate ... ..	5
Equipo Sanitario del primer Batallón ... ..	20
Telesforo González ... ..	10
Jesús Vicén ... ..	5
Comandante Antonio Bautista ... ..	25
Asensio Saorí ... ..	25
Valeriano García de las Heras ... ..	5
Francisco Pérez Mingo ... ..	2,50
Segunda Compañía, primer Batallón ... ..	100
Ametralladoras del primer Batallón ... ..	50
Telesforo González ... ..	10
Comandante Bautista ... ..	15
Segunda Compañía, primer Batallón ... ..	150
Ametralladoras, primer Batallón ... ..	50
<b>TOTAL ... ..</b>	<b>1.648,10</b>

## Cantidades recibidas con destino a la suscripción abierta PRO MONUMENTO AL MILICIANO DESCONOCIDO.

(Final de la suscripción.)	Pesetas
Suma anterior ... ..	2.843,95
<b>Primer Batallón:</b>	
Primera Compañía ... ..	324,95
Segunda Compañía ... ..	301,30
Tercera Compañía ... ..	
Cuarta Compañía ... ..	294,10
Comandante Antonio Bautista ... ..	35
Valeriano García, del primer Batallón ... ..	10
Francisco Pérez Mingo ... ..	2,50
<b>TOTAL ... ..</b>	<b>3.811,80</b>

## GASTOS

	Pesetas
Suma anterior ... ..	485,10
A la imprenta, por el número 3 ... ..	150
Al Fotograbado ... ..	197,80
Cantidad entregada al Comisariado de la 5.ª División para el Monumento al Miliciano Desconocido ... ..	3.000
A la Sección Pro Cultura ... ..	600
A la imprenta, por el número 4 ... ..	450
A la imprenta, por el número 5 ... ..	275
<b>TOTAL ... ..</b>	<b>5.157,90</b>

## RESUMEN

	Pesetas
Periódico de la Brigada ... ..	1.648,10
Suscripción Monumento ... ..	3.811,80
	5.459,90
Gastos ... ..	5.157,90
<b>Total líquido ... ..</b>	<b>302</b>



# LOS LEGIONARIOS DE LA MUERTE

## Apuntes para la Historia del 149 Batallón

26 de julio de 1936. Hacía ocho días que los elementos fascistas, apoyados por los militares de la vieja monarquía, se habían lanzado al asalto del Poder. Después de toda la lucha política, que no es del caso reseñar por no salirse del tema de estos apuntes, y con la complicidad del tristemente célebre Gil Robles, que, a su paso por el Ministerio de la Guerra, preparó esta sublevación, el momento de la lucha en armas había llegado.

El día 26 de julio hacía ocho días que el pueblo trabajador, con las armas en la mano, hacía frente a toda esa patulea de traidores.

Algunos, muchos, habían estado ya en diversos lugares defendiendo la Libertad y la Justicia.

Otros se habían limitado a asegurar la capital de la República, después de sofocar en ella el movimiento sedicioso.

Pero unos y otros, todos; luchadores por el ideal, anhelaban una sola cosa: enfrentarse con los facciosos para hacerles pagar cara su osadía.

El deseo de lucha era vehemente. Las torturas, las injusticias, los atropellos sin número cometidos durante el siniestro bienio negro habían cristalizado en el alma de los trabajadores, de todos los hombres amantes del progreso y de la libertad. El primer impulso fué algo grandioso; miles y miles de hombres se lanzaron a luchar, sin reparos de familia ni de posiciones, sin diferencias de partidos ni de ideologías, sin temor a la muerte, con un solo deseo: el de conquistar la libertad de un pueblo oprimido, de libertarle del yugo que durante años y siglos le oprimió.

26 de julio. Cinco de la mañana. El teléfono repiquetea.

—Trilín... trilín... trilín...

—Diga. ¿Quién es?

—Oiga. Con todos los hombres que tenga usted armados trasládese al Hipódromo, para marchar al frente. La hora de reunión es la nueve de la mañana.

—Sí; allí habrá un oficial que le dará instrucciones. Salud.

La alegría es general. Por fin se va a buscar a los facciosos. El desayuno se olvida. Se aprestan los correajes; se repasan los fusiles, se hace el completo de cartuchos. Algunos, pocos, se despiden de sus compañeras, de sus hijos. Estos y aquéllas sonríen. Nadie piensa en las miserias y penalidades de una guerra. Nadie piensa en que puede ser herido o quizá muerto. No se piensa más que se va a luchar, a vencer, a conquistar el mañana.

Antes de la hora anunciada la fuerza se encuentra en el Hipódromo.

Un oficial, que se hallaba sentado a la sombra de uno de los abrigos de cemento, transmite las órdenes. Hay que esperar allí hasta que se reúna toda la columna.

Poco a poco van llegando nuevas camionetas cargadas de hombres que empuñan el fusil febrilmente con el ansia de ver al enemigo.

Del cuartel de la Montaña, de Caldeiro, de la Ciudad Universitaria, de otros sitios, van llegando más vehículos llenos de hombres armados.

Allí estaban los "grupos", como entonces se denominaban, que habían de ser el alma del 149 Batallón.

"Piedra y Mármol", "Banca y Bolsa", "Empleados Municipales", "Caldeiro", un grupo de gallegos, etcétera, etc.

La fila de vehículos se hacía interminable; la espera también.

Por fin, a las seis de la tarde, alguien da la voz de marcha, y la larga hilera de camionetas se pone en movimiento.

Nadie sabía a dónde íbamos, cada cual suponía un lugar, se ignoraba quién mandaba aquéllos, se desconocía todo. Pero se sabía que se iba a luchar contra los fascistas, y esto bastaba.

Igual que se había olvidado el desayuno, se olvidó la comida, y nadie pensaba en la cena. No se sabía si se dormiría aquella noche. Se cantaba la Internacional, la Joven Guardia, algunos cantaban coplas y canciones populares. Reinaba la alegría.

A las nueve de la noche, después de algunas paradas, los camiones hicieron alto en la plaza de Miraflores de la Sierra.

Se echó pie a tierra, y los "grupos" formaban corros, tratando de preguntarse y adquirir noticias hacia dónde se iba; nadie sabía nada.

Algunos oficiales hicieron corro alrededor de un hombre vestido con un mono y un casco de cuero, como un aviador.

Enseguida se susurró: —Ese es el que nos va a mandar.

Y la pregunta surgía rápida.

—¿Quién es?

—No sé. Es un capitán. Parece aviador. Lo que importa es que encontremos pronto a los fascistas.

Esta conversación se repetía varias veces, en casi todos los "grupos" surgía idéntica pregunta e idéntica respuesta.

Aquel hombre, que parecía aviador, era Perea.

Generalmente para designar a un individuo se le llama por su nombre y apellidos, seguido del cargo que ostenta. Pero para Perea, "nuestro comandante", como se le sigue llamando desde entonces, no es preciso. La sola palabra "Perea" designa no solamente al hombre, sino que es también sinónimo de la idea, y esta designación tan concisa, aunque aparentemente irrespetuosa, encierra todo el cariño y toda la confianza que desde aquel día supo ganarse de las fuerzas que mandaba.

Aquella noche se durmió en Miraflores, en todos los locales disponibles se habilitaron dormitorios. El alcalde o presidente del Comité iba señalando los sitios donde las fuerzas podían cobijarse del fresquillo algo fuerte para los que salían del horno que representa Madrid en el mes de julio. Se dió pan y algunas latas de conserva. La comodidad aquella noche no fué mucha. Se comentaba la proximidad de los facciosos y el deseo de encontrarlos, más que nada, impidió que se durmiera.

A las siete de la mañana se montó de nuevo en las camionetas, y, sin ningún contratiempo, por el pintoresco puerto de la Morcuera se llegó a Rascafría.

Nueva parada. Pie a tierra. Se corrió la voz que por aquellos contornos habían hecho su aparición algunos camisas negras, y se dió la orden de "atizarlos" en cuanto se les vislumbrara.

Nos precedía un tanque ligero de Asalto; a continuación, espaciados, iban nuestros coches.

Por la carretera que corre el valle llegamos a Lozoya.

—¡Alto! Hemos llegado.

Inmediatamente se dieron las órdenes. No existían mandos designados, excepto Perea, que nos había sido señalado como jefe de una forma oficiosa; cada "jefe de grupo" era el general del suyo. Algunos de estos "jefes", que eran militares, eran los únicos que daban la sensación de mando. Pero, sin embargo, las órdenes que se dieron se ejecutaron con matemática exactitud. A unos sesenta hombres se les confió las avanzadillas del pueblo, indicándoseles que los fascistas habían sido vistos por las alturas de la parte de Navafría. El resto de la fuerza, hasta unos seiscientos hombres, que formaban la columna, montó de nuevo en los coches y emprendió la marcha por la carretera del puerto de Navafría hasta el kilómetro 3. Allí de nuevo pie a tierra, y, desplegados, empezó el escalamiento de la montaña.

Abrupta, llena de bosques y de maleza es aquella parte de la Sierra, pero el ardor de aquellos luchadores se sobreponía a todo, y no quedaba un rincón sin registrar en el penoso ascenso que representa escalar aquellas alturas.

Se inició el avance a las diez y media de la mañana, y se coronó el puesto a las cinco y media de

la tarde. Siete horas de penosa ascensión, sin descansar, sin comer, pero que el ardor y entusiasmo de que estaban animados aquellos hombres no les permitió darse cuenta de la fatiga.

La fuerza que se había quedado en Lozoya, tan pronto como vieron a los otros desplegarse por los flancos de la montaña, no pudieron contenerse más y se lanzaron al asalto de las alturas, y no fueron de los últimos en llegar.

Sin embargo, estas fuerzas que partieron detrás, dió lugar a dos o tres sorpresas, afortunadamente sin consecuencias.

Así, por ejemplo, un grupo de estas últimas fuerzas ve por entre las malezas varios individuos, y, deseando cogerlos sin que se escape ninguno, inicia un movimiento envolvente para cercarlos; los otros se dan cuenta de ello, y, temiendo se les haga fuego, empiezan a hacer señales y dar gritos, dándose a conocer como camaradas de la columna; pero las voces no se oyen, y de las señales no se distingue lo que significa, y se continúa el movimiento envolvente. Entonces uno de ellos tiene una idea salvadora: se quita la camisa, que era blanca, y, atada a una rama de árbol, la ondea por la puerta del cobijo donde se han refugiado para protegerse de los disparos que se les hubiera podido hacer. Los otros, al ver aquella bandera blanca, gritan:

—¡Ya son nuestros! ¡Se entregan! ¡Vamos a por ellos, camaradas!

Y con toda la rapidez que lo abrupto del terreno lo permite se lanzan a la captura de aquellos prisioneros, que resultaron ser unos camaradas que habían hecho un pequeño alto en la penosa ascensión.

—De buena os habéis librado, creíamos que eráis fascistas.

—Gracias a mi camisa. Estábamos viendo que nos "asabais".

Y, todos juntos ya, emprenden nuevamente el escalado de la montaña.

Perea, en una moto, con la sola compañía del motorista, va y viene por la carretera animando a todos. Cuando se llega a la altura del kilómetro 9, sin haber encontrado ni rastro de los fascistas, se inicia el último esfuerzo para coronar el puerto.

La tensión nerviosa de todos, llega a su máximo.

Perea, a pie esta vez, avanza el primero resueltamente por la carretera.

Al llegar al puerto, dos falangistas le detienen, están armados de fusil.

Felizmente, ignorando que habían llegado los rojos, le toman por uno de los suyos que merodeaban por aquellos contornos; el hecho de ir solo favorece esta confusión.

Le preguntan de qué escuadra es, y Perea, que se da cuenta del error que padecen, se acerca a ellos tranquilamente; cuando está junto a ellos, en un brusco movimiento desarma a ambos; en aquel momento hacen su aparición nuestras fuerzas, y aquellos dos falangistas son los primeros prisioneros de la jornada.

La alegría que causa su captura recompensa las fatigas sufridas al subir la montaña.

Inmediatamente empiezan las exploraciones por los alrededores.

A los pocos momentos, tres nuevos prisioneros se añaden a los primeros, y poco tiempo después otros dos vienen a aumentar el número.

Anochece, durante el día no se ha comido, se ha escalado un puerto de cerca de 1.800 metros de altura, se ha marchado 15 ó 17 kilómetros a través de la Sierra, pero se está contento; el puerto de Navafría, que hasta entonces había sido de los facciosos, era de la República.

No se había tenido ninguna baja y se habían capturado siete prisioneros.

Este principio alentador era el anuncio de los futuros éxitos que iba a tener la Columna Perea.

(Continuará.)

Imprenta del IV Cuerpo de Ejército.